

La serena

A esa hora de la noche nada se movía en la pequeña ciudad dormida; excepto el grupo de muchachos alegres que iban de prisa por la calzada llevando entremedio a la pieza más importante, que no era otro sino el dueño y señor del acordeón. Sembraba un enjambre de obreras (con perdón del género) volando con la abeja reina antigua, a fundar otra colmena. ¡Con cuánta razón el músico marchaba envuelto en ese su aire de engruñamiento!

A poco se allegó al conjunto un amigo que acertó a pasar por ahí:

- ¡Ah... los de a bordo! -imitó el grito marinero-, ¿Se puede saber a dónde las enfilaís tan prestos y risueños?

- Sí, grumete Recaredo-, respondió alguno en el mismo estilo zumbón y relamido de la antigua flota mercante-, venid con nosotros que, con una serenata galante y romántica cual ninguna, vamos a rendir el corazón de la más bella y gentil doncella de aquesta comarca. Para ello contamos no sólo con nuestros bien afinados golletes sino, principalmente, con el aquí presente virtuoso del acordeón señor don Alcibíades Gamuza.

-Ya lo veo y veo también el tan noble instrumento; y ya que estoy adscrito a vuestra pandilla reveladme al punto: ¿quién es ella?

- Pues, ella es... la sin par... ¡Herta Johanssen! Al oír ese nombre el recién nombrado grumete se puso intensamente pálido y tartajoso. Al mismo tiempo recordó que él no era un viejo lobo de mar, sino un criollo mediterráneo del valle, y en son de súplica:

- ¡No, hermanituy! ¡Por favor, no iremos! Ella será bien linda y gentil; pero ¿y su "viejo"? El veterano está... está chalado... es un energúmeno cuando se pone celoso de su hija. ¡No vayamos, hermanituy, es más saludable!...

Ni caso que le hicieron. En un santiamén se estacionaron bajo el balcón, tras del cual estaría la beldad entregada a los ronquidos más inocentes y castos con que puede manifestarse una conciencia tranquila.

La casa estaba en el barrio del El Altillo.

A la voz de "aura" rompió la serenata. La noche se pobló con la acometida sonora del fuelle y el ululato de los congresales. Era tan denodado el ahínco de los muchachos por sobresalir que donde había una voz de trueno, al segundo tronaba un cañonazo.

Se encendieron las luces de la casa. Todo el mundo en suspenso con la vista fija en el punto donde en unos segundos más aparecería, refulgente, la personificación de la belleza, el ornato del universo, en fin... la causa de tanto alboroto.

El enamorado principal, según el plan, lanzaría el ramillete florido hacia el firmamento que se abriría en el ventanal. Y desde su solio ella saludaría con sonrisa inefable, batiendo al mismo tiempo sus manecitas como signo de cordialidad.

¡Se están abriendo las puertas del balcón! ¡sube la tensión! ¡Jadeantes los barraganes! ¡Ya sale la princesa! ¡Salíó la princesa!... ¡Salíó la princesa! ¡Oh, no, no, Dios Santo... salió el ogro!... y entre sus abominables manos la ominosa tercerola, trabuco o lo que fuere, que no era ocasión para alardear de arripotente.

El vestigio echa al viento una terrible ringla de dictorios cuya más aterciopelada palabra fue "facinerosos!". Y los pobres facinerosos, que hasta ese momento permanecieron inmobilizados de pavor, al ver que el endriago levantaba el arma y alguien con

voz tremulante gritaba: "¡Tiene un revólver... a correr, compañeros, a correr, a correr rápido!", produjeron lo que en el "wild west" era la "estampida" del ganado; las vacas locas...

En el despavorido escape se olvidaron de la consideración debida al insigne músico quien por ello y por su carga instrumental venía rezagado. Un par de ellos lo vieron de soslayo y pararon mientes. Volvieron la cabeza, en cuyo preciso instante ¡BRUUM! el estruendo horrisimo de un tiro de gran calibre. Vieron a Alcibíades caer de hinojos... Los vidrios del vecindario castañeteaban; las dentaduras también...



y las choquezuelas. El ramillete votivo aterró desflorado, en el suelo tembloroso. Las primaverales hojas se tornaron amarillas y, saltándose una estación, conformaron un otoño al pie de los álamos, mientras en lontananza un perro noctívago aullaba fingiendo una pata herida.

Alcibíades seguía arrodillado, trémulo y desesperado. Jadeante uno de los muchachos farfullaba señalándolo:

- ¡Miren! ¡Pero miren! ¡El Gamuza está rezando como loco!

- ¡No seas bruto! -corrigió el otro-, ¿no sabes que el Gamuza es ateo?

- Lo que pasa es que el Gamuza está herido ¿no ven que no puede levantarse? - Interviuo un tercero -, ¡Vamos a auxiliarle! ¡Apurémonos, pronto!

Entre dos lo llevaron en vilo y cuando alguien quiso separarlo de su alterego melódico él de ninguna manera lo consintió, tal era el cariño que le deparaba. En ningún momento silenció sus quejidos pregonando que el balazo le había acertado en la pierna.

Al fin ya conjurado el peligro por la dista... el grupo se juntó en torno de uno de los escaños que hay en el frontispicio del Colegio Bolívar; sí, el mismo colegio que "encierra a muchachos que saben sentir".

Tendieron al gemebundo en el sobredicho escaño y empezó la tentaruja para ubicar el daño. Las voces. "Por aquí... por allá, "nada por aquí... nada por allá". "¡Epa, no tan atrás!".

Terminada su faena el novel practicante declaró: - No hay nada. No estás herido. - ¡Sí, lo estoy!

- ¡Muéstrame el hoyo! -fastidiado el explorador-. ¡Y dónde está la maldita sangre! ¡No hay sangre!

Tan buena noticia del amigo incólume y ya relajados los ánimos, empezó el chacoteo. "Que si no hay sangre es que este joven es anémico". "¿Anémico y con esos cachetes sonrosados y esa narizota en tecnicolor?" "Éste más parece un caso de hipocondría".

- Para celebrar la excelente salud de nuestro amigo-intervino un moderador-, cantemos algo y el maestro tocará "alguito" en su acordeón...

- Acordeola dirás; que no acordeón -interrumpió el aludido.

- Como sea; pero venga la música.

El maestro, ya repuesto del susto, tomó la posición apropiada. Llenó las arrugas neumáticas del fuelle con el fresco aire nocturno. Marcó el compás con el pie (defecto privativo de los ejecutantes populares). En seguida comprimó vigorosamente el aparato aprisionado por sus manos... y éste respondió ¡cómo nunca lo hiciera! respondió con un FIUUU...SSS y miau. Y en un segundo intento otro FIUUU... SSS y otro miau.

Sin la menor duda; había una gran fuga de aire. Examinaron minuciosamente. El agujero buscando, según se estaba confirmando, se hallaba en la acordeola y no en la pierna de su dueño. Al observar los orificios de entrada y salida, un forense diletante dictaminó: éste es un hoyo calibre 45'.

Ahora explicábase cómo, en su carrera, Alcibíades llevaba el acordeón: desplegado, vertical y adosado a una de sus extremidades inferiores. Al producirse el impacto, la potente vibración se transmitió al muslo, lo cual unido a la perturbadora detonación y al espanto e imaginación del actor causó en éste la intensa sensación de herida y dolor. Para los circunstancias cuán satisfactorio era que la impacción no haya sido en el cuerpo del amigo. ¡Tan contenta la gente!... sin embargo, el amigo empezó a gemir y lamentarse otra vez.

Intrigados por tan enigmática actitud se dieron a reflexiones con sensatos razonamientos. Que en lugar de quejarse debía de esta agradecido por la salvación de su cuerpo. Agradecer también -quien sabe- por la notable puntería, premeditada o causal, del furibundo que acertó en el foco de la magna batahola y no en parte noble. No en parte tan noble cuya anatómica entereza quedaba salva y capaz de crear abundosa descendencia.

Pero Alcibíades Gamuza, digno de los más altos conciertos de amor, expuso finalmente su sentimiento y su razón:

- ¿Cómo pueden decir algo tan despiadado? Óiganme, lo que habría sido una herida en mi cuerpo, con algún tratamiento médico o sin él y más por obra de la naturaleza, un día estaría terminantemente curado. Pero nadie podrá curar a mi noble acordeola. No existe poder para esto. El fiero desaguizado la agujereó en las aristas de los pliegues, donde ningún parche sería efectivo ni duradero. ¡Nunca más, querida acordeola! -con voz quebrada y doliente- ¡Nunca más oír tu canto! ¡Jamás! ¡Nunca, nunca más...!

Esfumándose en tenue melancolía termina esta real historia de una serenata de los tiempos perdidos en el tiempo.

Alfonso Ocampo Young

